

Dominación occidental en crisis

Fernando Mora¹

Al ver de nuevo en entredicho su dominio, Occidente ha decidido reescribir las reglas del juego. El sistema internacional contemporáneo surgido tras la Segunda Guerra Mundial estaba sesgado en contra de los países del Sur. Iniciados a principios de la década de 1960, los esfuerzos por remediar esta asimetría - movilizando su fuerza numérica a través de estructuras como el Movimiento de Países No Alineados y el Grupo de los 77 - se agotaron a principios de la década de 1980 ante los programas de ajuste estructural del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Las presiones desreguladoras impuestas por estas instituciones hicieron estragos en los contratos sociales locales y sepultaron a gran parte del Sur bajo una montaña de deudas. Las décadas de 1980 y 1990 fueron entonces "décadas perdidas".

El sistema internacional posterior a 1945 había incorporado dos modelos de gobernanza. Por un lado, el derecho de las naciones a la igualdad de sufragio en la Asamblea General de las Naciones Unidas reproducía los sistemas políticos nacionales y el voto ciudadano. Por otro, el voto ponderado en los fondos del FMI y el Banco Mundial anulaba la igualdad soberana al introducir normas de gobernanza "por acciones" en las relaciones entre naciones. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por su parte, estableció una lógica feudal al conceder un privilegio de veto señorial a cinco miembros permanentes. Superadas en número y en votos por sus antiguas colonias, las potencias occidentales empezaron a ignorar a la Asamblea General de la ONU. Esta negligencia reflejaba la erosión del principio de igualdad soberana y socavaba la solidaridad del Sur, obligando a los países del Sur a competir por la desregulación con la esperanza de atraer las inversiones occidentales, acelerar su crecimiento y aumentar su peso en el sistema internacional.

Pero las reglas volvían a cambiar. Temiendo perder su dominio militar y tecnológico, Estados Unidos abandonó su postura económica liberal y la sustituyó por una política industrial estratégica. Del mismo modo, los dirigentes de la Unión Europea (UE) han empezado a insistir en la importancia de la "soberanía industrial estratégica". Aunque la retórica occidental de desvinculación con China puede haberse apagado, lo cierto es que la mitigación de los riesgos para las cadenas de suministro y la "deslocalización amiga" tienen implicaciones geoestratégicas evidentes. También plantea la cuestión de quiénes son esos "amigos" y qué tienen que hacer para serlo o seguir siéndolo.

Las respuestas a estas preguntas difícilmente pueden ser tranquilizadoras cuando se sabe que la seguridad de los canales de suministro se ha convertido en un objetivo de seguridad nacional para Estados Unidos², según el consejero de Seguridad Nacional, Jake Sullivan, que vincula explícitamente este objetivo a la "renovación del liderazgo económico estadounidense". Al introducir controles sobre las tecnologías digitales y ecológicas críticas, y del mismo modo sobre las inversiones transfronterizas, estos esfuerzos estadounidenses

¹ Analista global. Ha trabajado en cinco continentes.

² Aunque no tenga, actualmente, el monopolio de su control.

por reafirmar su dominio corren el riesgo de perturbar la vida económica y social en todo el mundo. El objetivo estadounidense de vincular su reestructuración económica a las políticas de alianzas y defensa podría conducir al desarrollo de futuras relaciones económicas y tecnológicas en torno a asociaciones de seguridad.

En este contexto, China se ha convertido en el principal objetivo de Estados Unidos, con la UE a la zaga a pesar de sus intereses económicos y financieros en China. Además, la estrategia estadounidense de “asegurar” asociaciones tecnológicas y económicas se hace eco de la actitud de “con nosotros o contra nosotros” expresada por diversas administraciones estadounidenses hacia los países no alineados desde la década de 1950 y tras el 11-S. Aunque las proclamas estadounidenses en defensa de la libertad y la democracia tienen poca credibilidad, China tampoco es la Unión Soviética de la Guerra Fría, y no se puede decir tan fácilmente al mundo que redefina sus relaciones con Pekín. A pesar de sus desequilibrios comerciales, sus prácticas en materia de préstamos exteriores y otras tensiones comerciales, tecnológicas y de inversión, es probable que China siga siendo la principal fuente de comercio y capital del mundo, especialmente para los países del Sur.

Entonces, ¿por qué persiste la administración Biden en una apuesta estratégica que entraña graves riesgos para el mundo? La respuesta está más en Estados Unidos que en China. La “política industrial estratégica” es el proyecto MAGA (“Make America Great Again”) de Joe Biden; refleja los mismos temores y ansiedades que han alimentado el ascenso político de Donald Trump. El propio consejero Sullivan describe este enfoque como “política exterior para la clase media”, una retórica familiar en Estados Unidos como código social para los blancos de cuello azul que han sufrido durante décadas la desindustrialización. Trump había racializado su ira contra otros estadounidenses y contra los inmigrantes de América Latina. Biden vuelve a centrar su rabia contra China, al tiempo que intenta dar una nota más optimista para calmar las tensiones sociales en torno a la erosión del privilegio y la dominación de los blancos: un grito cínico desde el corazón del presidente estadounidense.

Al final, la estrategia de Biden para calmar a Estados Unidos corre el riesgo de avivar las tensiones en todo el mundo. También es un escalofriante recordatorio del íntimo vínculo entre la crisis de la supremacía occidental en el mundo y la crisis de la dominación blanca en Occidente. Un pequeño grupo de potencias del Sur aún puede reivindicar asociaciones privilegiadas con Occidente, sobre todo si estas naciones ofrecen mercados lucrativos para los traficantes de armas o si se posicionan en primera línea contra China. Sin embargo, la crisis actual revela sobre todo que la dominación occidental nunca ha sido tan débil y que su lógica moralizante está en ruinas. Un orden político que refleje las nuevas realidades es más necesario que nunca, pero sigue siendo esquivo.

Es en este contexto, de tensiones, que Colombia desea *renegociar*, el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.